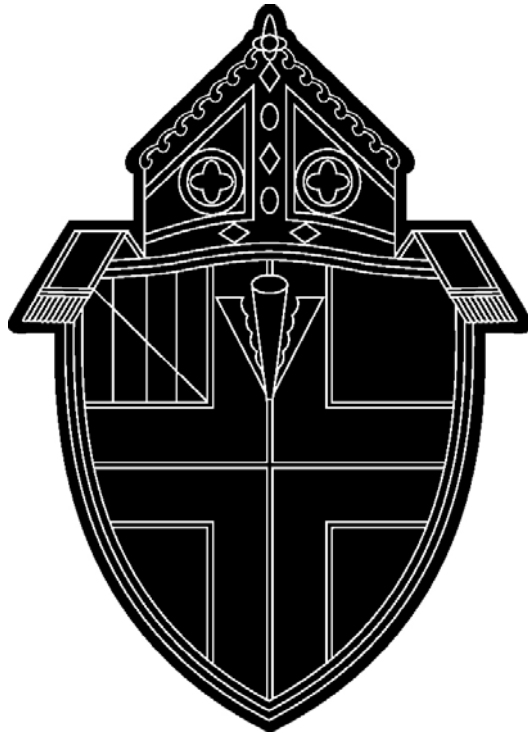


Acogiendo al Extranjero

Carta Pastoral de la Diócesis de Maryland



El Reverendísimo Eugene Taylor Sutton
El Reverendísimo John L. Rabb

La Diócesis Episcopal de Maryland

Estimado Pueblo de Dios en la Diócesis de Maryland,

A como continúa nuestro país su curso problemático y detenido dirigiéndose al desafío de migración, nos sentimos llamados a escribirles para recordarles de los valores bíblicos e imperativos que debían guiar nuestro tratamiento de los recién llegados y forasteros.

1 – Un Mundo en Movimiento

Un mundo en el cual más y más, la gente se mueve cruzando fronteras nacionales puede ser perturbante. Desplazamiento ocurre no solo para los que se están moviendo sino también para los que viven en las áreas donde esta gente está llegando. Es fácil que se nos olvide nuestra humanidad común y esteriotipar al “otro.” Pero nuestra fe nos enseña algo diferente. Nos enseña que todos somos hijos de Dios, creados en la imagen de Dios, y bendecidos por el amor sempiterno de Dios. En un mundo móvil, necesitamos que aprender, como todo mundo lo a tenido que hacer en el pasado, a darle la bienvenida al extranjero, a abrazar al “otro.”

Entre todo este movimiento, las fronteras existen. ¿Cuál es el propósito de fronteras? Promover la seguridad, protegernos económicamente, políticamente, y en el sentido militar. Pero las fronteras excluyen a otros al incluir a nosotros, y esa distinción entre “nosotros” y “ellos,” entre inclusión y exclusión, nos disminuye a nosotros tanto como a otros. Cuando las fronteras disminuyen la libertad humana, la creatividad, ingenuidad, y la imaginación, son contrarios a la economía de gracia divina.

Dios nos creó, nos bendijo, y nos hizo responsables unos por los otros. Podemos escoger deleitarnos en la variedad de la creación de Dios, incluyendo la variedad de seres humanos, o podemos escoger estar consternados, atemorizados, y alarmados. Claramente dentro de los años desde el 11 de septiembre de 2001, nuestro país parece vivir en miedo del extranjero, y ha reaccionado buscando la protección. Además, con la recesión económica reciente, muchos americanos viven en miedo del trabajador inmigrante, con sospechas que los que cruzan las fronteras para encontrar trabajo de alguna manera disminuyen la calidad de vida y también nuestros ingresos.

El miedo no debía de guiar nuestras políticas públicas sino el deseo de Dios para nosotros lo cual es gozo, libertad y prosperidad mutua. Solamente cuando contribuyamos a la prosperidad de unos y otros, dentro y fuera de las fronteras nacionales, podremos traerle honra a la imagen de Dios de la cual todos compartimos.

Consideren nuestra propia historia. Todos somos descendientes de personas que vinieron a este país de tierras extranjeras. La mayoría de nosotros con la excepción de los Americanos Nativos (los indígenas), venimos de gente inmigrante, ya sea gente que emigró aquí con sus sueños de una vida mejor o de descendientes que fueron forzados a venir a este país en cadenas. Algunos venimos huyendo la opresión. Otros con un sentido dado por Dios de venir a construir un mundo nuevo. Si nuestra experiencia o la de nuestros antepasados fué una de luchar y florecer, o de esfuerzos muy excesivos, el deseo de Dios para cada uno de nosotros es que tengamos éxito, y nuestra historia nos enseña que esto siempre ocurre cuando nos ayudamos y cuidamos los unos a los otros.

Consideren a los que se encuentran en escenarios ilógicos de inmigración. Nuestro sistema no fue diseñado y no está preparado para un mundo globalizado en el cual las finanzas y la información se mueven fácilmente, y porque nuestro sistema es inadecuado, la gente que provee los bienes y servicios tampoco se mueven fácilmente. La fila para aplicar para obtener una visa parece que se retrasa en vez de moverse adelante. Niños tienen que esperar más de una década para reunirse con sus padres. Consideren pacientes en diálisis en Atlanta que por ser indocumentados no pueden lograr seguridad de salud, y que no pueden continuar su tratamiento porque la clínica caritativa la van a cerrar. Considera el estudiante por excelencia en nuestro estado que no puede ir a la universidad porque, aunque jamás ha vivido en ningún otro estado que Maryland desde que llegó a este país, tendría que pagar una cantidad enorme y se le niega ayuda financiera por ser un inmigrante. Considera los sacerdotes y pastores que han sido forzados a dejar sus ministerios porque no pueden obtener una “tarjeta verde” (green card).

Considera las contribuciones de los inmigrantes que participan en nuestras vidas. En toda probabilidad, cada uno de nosotros encuentra inmigrantes cada semana, si no cada día, en nuestras vidas: las maestras en nuestras escuelas y universidades, doctores y enfermeras en los hospitales; en los hogares de ancianos y guarderías; dueños de negocios, mecánicos, ingenieros, banqueros, vendedores, taxistas, y los que conducen los autobuses. Más y más, nos damos cuenta que la animosidad contra nuestros hermanos y hermanas inmigrantes se desaparece cuando los encontramos en nuestras vidas diarias. ¿Como no vamos a apreciar a la persona que cuida de nuestra madre anciana, la maestra que ayuda a nuestros niños en la escuela, nuestro compañero en la iglesia que sirve a nuestra iglesia y a la comunidad? Cuando conocemos a estas personas personalmente los empezamos a valorar.

Considera las contribuciones económicas que los inmigrantes hacen a nuestro país. Los inmigrantes, ya sean documentados o indocumentados,

trabajan duro. Su labor ayuda a fortalecer nuestra economía. Nuestro sistema de Seguro Social encontraría que sería aun más difícil cumplir sus compromisos si no fuera por los trabajadores inmigrantes. Irónicamente, millones de indocumentados jamás recibirán sus beneficios de Seguro Social por causa de su estatus como inmigrante aunque han contribuido (pagado) cientos de billones de dólares al sistema.

Considera las conexiones internacionales de la Iglesia Episcopal y la Diócesis de Maryland. Muchos Episcopales no se dan cuenta que la Iglesia Episcopal no es solamente una iglesia de los Estados Unidos, sino que incluye doce diócesis del extranjero en América Latina, el Caribe, Europa, y Asia. La Diócesis de Maryland patrocina viajes de jóvenes a América Central cada año, y varias de nuestras iglesias tienen relaciones misioneras con iglesias, escuelas, y otras instituciones en Haití. En el pasado hemos tenido relaciones diocesanas en África y Asia. Todas estas relaciones nos traen oportunidades para aprender y servir en otros países y culturas, experiencias que han sido parte de la formación y transformación de nuestras vidas. Cuando participamos en migración, aunque sea como visitantes temporales hacia otro país, podemos ver con más claridad como la hospitalidad, el respeto, y la bienvenida ponen al pueblo de Dios más cerca los unos a los otros.

2 – Recursos Bíblicos para el entendimiento de estos asuntos

Como decimos tan seguido en la Iglesia Episcopal, basamos nuestro entendimiento de cómo vivir en el mundo de Dios en la integración de la sagrada escritura, la tradición, y la razón. La Sagrada Escritura nos enseña los principios por los cuales el pueblo de Dios aprende a vivir en relación con Dios. Nos enseña nuestra historia de salvación como pueblo de Dios y seguidores de Nuestro Señor Jesucristo. La Tradición nos muestra vislumbres profundas que se han logrado de tantas generaciones de cristianos desde la iglesia primitiva hasta hoy. Y la Razón nos muestra como aplicar esos principios en situaciones nuevas. Las tres – la escritura, la tradición, y la razón – son dones de Dios para ser usados con reverencia y sabiduría.

La Escritura nos enseña que somos creados en la imagen de Dios y redimidos en Jesucristo. Al considerar los desafíos que nos presenta la inmigración, debemos primeramente recordar que todo ser humano es creado en la imagen y semejanza de Dios (Gen. 1:26-27). Esta perspectiva es clave en nuestro entendimiento de derechos humanos. Todo ser humano tiene dignidad y valor inherente intrínscico. Valor y dignidad no son regalos de gobiernos y constituciones, ni se pueden negar por la vulnerabilidad o necesidad. Sino que,

se nos enseña a respetar y valorar a todo ser humano solamente porque son creación en la imagen de Dios.

Además, todos somos redimidos en Jesucristo. Nuestro Señor dio su vida por todo mundo, de manera que todos son dignos de respeto. John Wesley nos dio una expresión clásica acerca de esta idea: “Un desamparado viene a mí a pedir limosna: Yo lo miro y veo a una persona sucia y deshilachada. Pero a través de su apariencia veo a alguien que tiene un espíritu inmortal, alguien creado con la habilidad de entender y amar y morar con Dios hasta la eternidad: lo honro por medio del Creador. A través de sus garras puedo ver su elegancia porque está cubierto por la sangre de Cristo. Lo amo por medio de su Redentor. La cortesía que siento y le muestro es una mezcla de honor y amor que le tengo a toda creación de Dios, comprada con la sangre de su hijo, y porque es candidato para la inmortalidad.” Wesley une los temas de la creación y la redención y nos muestra ese amor y respeto que le mostramos a nuestro prójimo. Lo hacemos por medio de su Creador y Redentor.

El valor, la dignidad, los derechos, y las responsabilidades del pueblo están basados en su creación y redención. Debemos siempre de recordar que la inmigración se trata de seres humanos que cruzan fronteras. La dignidad y los derechos humanos trascienden fronteras nacionales y categorías humanas que pueden disminuir el valor. El verdadero valor del pueblo se basa en que son creaciones a la imagen y semejanza de Dios y en el hecho de que Cristo los hizo dignos por su sacrificio completo.

El concepto de ser el Pueblo escogido de Dios en el Antiguo Testamento es de un pueblo que se mueve, que cruza fronteras, y que reconoce a otros que también se van moviendo y cruzando fronteras. Abraham, Jacob, José, y sus hermanos eran forasteros que vivían a veces como extranjeros en tierras no de ellos. Moisés llevó al pueblo de Israel en una jornada de cuarenta años hacia la tierra de Canaán. Cuando los Israelitas llegaron a la tierra prometida, construyeron leyes que protegían al extranjero y al forastero en la tierra. Las experiencias del pueblo de Israel como forasteros, refugiados, y deportados tuvieron influencia sobre sus leyes hacia el extranjero.

En un tiempo cuando ser pariente era una garantía de seguridad y estatus, el extranjero se encontraba en una situación muy vulnerable a los cambios de la vida por no tener una red de familia dentro del país. No podían heredar tierras, ni producir cultivos, no tenían conexiones para recibir comida, viviendas, o cuidado físico o bienestar social. El estatus del pueblo como gente en peligro fué algo que los Israelitas anotaron e incluyeron en sus leyes para proteger su vulnerabilidad.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos ofrecen muchos ejemplos de hospitalidad hacia el extranjero. Hoy en día cuando pensamos de hospitalidad tal vez no se nos ocurre de darle la bienvenida al extranjero. Tal vez el primer imagen que se nos ocurre es el de invitar a nuestros amigos o familia para venir a cenar. También podemos pensar de la “industria de hospitalidad” de los hoteles y restaurantes. Sin embargo, la marca clave de hospitalidad en la literatura bíblica se trata de darle la bienvenida al extranjero. John Koenig escribió que en el mundo antiguo la hospitalidad se trataba de ser “pilares de moralidad sobre cual se para el universo.” Hospitalidad surge de una conexión sagrada entre el huésped y el anfitrión. Cuando esa conexión sagrada es violada “todo el mundo tiembla y lo que sigue es retribución.”

En el Antiguo Testamento, la hospitalidad era central a la identidad del pueblo de Dios. Dios le llamó a Abraham que saliera de su familia y su país para ser extranjero en un país extraño. Dios le prometió a Abraham que tendría muchos descendientes y el terreno que iba a habitar. Pero aun en medio de estas promesas Dios le advirtió que esto se cumpliría después de haber experimentado haber sido forasteros y esclavos en un país que no era de ellos (Gen. 15:5-21). Cuando Israel al fin heredó la tierra prometida después de su jornada en Egipto, Dios les recordó que la tierra en realidad era de Dios. Los Israelitas ancianos iban a verse siempre como forasteros y extranjeros aún en su tierra prometida. Dios era el dueño de la tierra y ellos eran solamente mayordomos de ella.

La experiencia de los Israelitas formó su actitud hacia los extranjeros. Éxodo 23:9 lo dice así: “No oprimas al extranjero, pues ustedes fueron extranjeros en Egipto y ya saben lo que es vivir en otro país.” Conociendo lo que significaba ser un extranjero, Israel debía mostrar hospitalidad al extranjero en su medio.

Tal vez la mejor historia del Antiguo Testamento sobre la hospitalidad es la hermosa historia de cuando Abraham le dió la bienvenida a “Ángeles” sin darse cuenta que lo eran. Abraham estaba sentado a la entrada de su tienda de campaña. Abraham levantó la vista y vio que tres hombres estaban de pie frente a él. Al verlos, se levantó rápidamente a recibirlos, se inclino hasta tocar el suelo con la frente, y dijo: “Mi señor, por favor le suplico que no se vaya en seguida. Voy a pedir un poco de agua para que se laven los pies y luego descansen un rato bajo la sombra del árbol. Ya que han pasado por donde vive este servidor suyo, les voy a traer algo de comer para que repongan sus fuerzas antes de seguir su camino.”

“Al terminar de comer, los visitantes le preguntaron a Abraham: ¿Donde está tu esposa Sara? Entonces uno de ellos dijo: El año próximo volveré a visitarte, y para entonces tu esposa Sara tendrá un hijo.” Las promesas de

Dios hacia Abraham y al pueblo de Dios se manifiestan en una historia de darle la bienvenida a un extranjero. Resulta que la hospitalidad no solo es un pilar de moralidad en la antigua Israel, pero también es una manera por la cual el pueblo es bendecido.

La historia de Elías y la viuda de Serepta es importante también porque se trata de la hospitalidad que muestra una mujer no judía que aun así recibe una bendición. En un tiempo de hambre y sequía, Elías va a un pueblo extranjero y le pide hospitalidad a una viuda. Ella le responde diciéndole que no tenía nada de pan cocido. No tenía más que un puñado de harina en una tinaja y un poco de aceite en una jarra, y lo iba a cocinar para su hijo y para ella. Elías le respondió: “No tengas miedo. Ve a preparar lo que has dicho. El Señor, Dios de Israel, ha dicho que no se acabará la harina de la tinaja ni el aceite de la jarra...” La viuda, su hijo, y Elías comieron. Algún tiempo después cayó muy enfermo su hijo y Elías lo sanó. Por medio de la hospitalidad de una viuda extranjera se mostró la bendición y misericordia del Dios de Israel.

En el Nuevo Testamento, podemos ver la importancia de hospitalidad especialmente en el compañerismo de Jesús. En San Lucas 14:12-14, Jesús voltea al revés la idea convencional de a quien se le debe ofrecer hospitalidad cuando les cuenta la parábola de quien deben invitar al banquete. “Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; porque ellos, a su vez, te invitarán, y así quedarás ya recompensado. Al contrario, cuando tú des una fiesta, invita a los pobres, los inválidos, los cojos y los ciegos; y serás feliz. Pues ellos no te pueden pagar, pero tu tendrás tu recompensa el día en que los justos resuciten.” Con estas instrucciones, Jesús les dice a los anfitriones terrenales que anticipen la hospitalidad del Reino de Dios. La Parábola de la Gran Fiesta (San Lucas 14:15-24) provee el contexto para comprender las instrucciones de Jesús para los anfitriones terrenales. En el Reino de Dios los mismos cuatro grupos son mencionados (los pobres, los inválidos, los cojos, y los ciegos).

La implicación está bien clara: igualmente que Dios le da la bienvenida a los vulnerables al gran banquete en el Reino, también los anfitriones terrenales deben abrir sus mesas a los necesitados. El carácter de la hospitalidad de Dios debe guiar el comportamiento en el mundo. Jesús muestra esta hospitalidad en su propio compañerismo de mesa cuando le da la bienvenida a los que colectan los impuestos. Al darle la bienvenida al más débil y vulnerable, anticipamos y reflejamos sobre la bienvenida de Dios.

La importancia de la hospitalidad se puede ver también en las enseñanzas de Jesús en San Mateo 25:31-45 con la historia del juicio de las naciones. El pasaje habla de la separación de las naciones por el pastor entre las

ovejas y las cabras. A las ovejas les dirá: “Vengan ustedes, los que han sido bendecidos por mi Padre; reciban el reino que está preparado para ustedes desde que Dios hizo el mundo. Pues tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; anduve como forastero, y me dieron alojamiento...” Entonces los justos preguntarán: “Señor, ¿Cuándo te vimos con hambre, y te dimos de comer? ¿Cuándo te vimos como forastero, y te dimos alojamiento, o falta de ropa, y te la dimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?” El Rey les contestará: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos mas humildes, por mi mismo lo hicieron.”

Personas que le dan la bienvenida al extranjero y le ayudan al más vulnerable, han dado la bienvenida a Cristo, y serán bienvenidos al Reino. La invitación al Reino está ligada a la hospitalidad hacia el extranjero en esta vida. “Anduve como forastero y me dieron la bienvenida” es el autentico sello de la hospitalidad del Nuevo Testamento. Aquí Jesús se identifica fundamentalmente con los “mas humildes.” La hospitalidad hacia el más débil y vulnerable, entonces se convierte en una manera por la cual conocemos hoy al Cristo disfrazado. Como lo era en el Antiguo Testamento, la hospitalidad no solo es una virtud y pilar de moralidad, sino también una vía de bendición y el contexto en el cual las promesas de Dios se revelan.

Muchos otros pasajes del Nuevo Testamento nos urgen a ofrecer la bienvenida graciosamente a otros. La palabra griega para hospitalidad es, *philoxenia*, que literalmente significa “amor” (*phileo*) del “extranjero” (*xenos*). En otras palabras, la hospitalidad es una expresión concreta de amor, no solo amor hacia hermanas y hermanos, pero también extendido hacia el extranjero.

En ambos Antiguo y Nuevo Testamentos, la hospitalidad era una virtud y un pilar de moralidad que se expresaba al darle la bienvenida al extranjero. En la interacción llena de gracia entre el huésped y el anfitrión las promesas de Dios se revelaron y se les extendió Su bendición. Un entendimiento bíblico de la hospitalidad nos anima no solo a pensar de las dimensiones morales de reforma migratoria, pero también a buscar más profundamente las bendiciones que vienen cuando le damos la bienvenida al extranjero.

Los evangelios también enseñan la preocupación especial de Jesús hacia el ministerio con los extranjeros. Al principio de su ministerio, Jesús fue a la sinagoga en su pueblo de Nazaret, donde leyó de la escritura de Isaías: “El espíritu del Señor está sobre mi, porque el Señor me ha consagrado; me ha enviado a dar buenas noticias a los pobres, a aliviar a los afligidos, a anunciar libertad a los presos, libertad a los que están en la cárcel; a anunciar el año favorable de Señor.” Todos hablaban bien de Jesús y estaban admirados de lo

que decía, hasta que les empezó a hablar de Elías y la viuda de Serepta y de Eliseo y Naamán de Siria que habían mostrado la gracia y misericordia de Dios hacia los no judíos. Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enojaron mucho y lo quisieron arrojar de lo alto del monte. La proclamación de Jesús que el amor de Dios se extendía hacia los no judíos y los que consideraban extranjeros desafió a muchos en su día.

Dos historias de los Samaritanos nos dan una ilustración mas plena de cómo Jesús abrazaba al extranjero. La región de Samaria estaba en el sur de Galilea y norte de Judea. Había siglos de antagonismo entre los judíos y los samaritanos y esto causó que los judíos vieran a los samaritanos como personas a odiar. El evangelio de San Juan nos cuenta una historia de Jesús conversando con una mujer samaritana. El hecho que Jesús le hablara a una mujer samaritana era increíble porque la tradición de ese tiempo veía a una mujer samaritana como impura. La mujer de la historia reconoce esto de si misma cuando dice: “¿Como es que tú siendo judío, me pides agua a mi, que soy samaritana? (Los judíos no tenían nada que ver con los samaritanos) Pero esta tradición no detuvo a Jesús de conversar con la mujer, y en el intercambio Jesús revela que él es el Mesías. El resultado es que la mujer trae a otros a escuchar a Jesús y por medio de su testimonio muchos samaritanos creyeron en él. En este intercambio, podemos ver que el ministerio de Jesús se extiende hacia los que se consideraban afuera de su alcance.

La segunda historia es la de la Parábola del Buen Samaritano. Jesús cuenta esta historia en respuesta a una pregunta que le hizo un escriba acerca de la vida eterna. Jesús responde haciéndole una pregunta al escriba de lo que dice la ley, a la cual el escriba contesta: “ama a Dios y a tu prójimo.” Jesús le dice haz esto y tendrás vida, pero el escriba lo presiona y le pregunta, “¿quien es mi prójimo?”

La Parábola del Buen Samaritano es la respuesta que Jesús le ofrece. Es una respuesta media complicada. El escriba le pide a Jesús que identifique al prójimo a quien debe amar. Pero Jesús le contesta dándole la identificación de la persona que *actúa* como vecino. En la historia, un hombre iba por el camino de Jerusalén a Jericó, y unos bandidos lo asaltaron y le quitaron hasta la ropa; lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Primero pasa un sacerdote, pero al verle, dio un rodeo y siguió adelante, luego un levita llegó a aquel lugar, y cuando le vio, dio un rodeo y siguió adelante. Al fin un hombre de Samaria lo vio y sintió compasión. Se acercó a el, le curó las heridas con aceite y vino, y le puso vendas. Lo sobresaliente de la historia es que el Samaritano que los judíos odiaban fue el que mostró el amor de Dios a su prójimo. Jesús cuenta esta historia de un extranjero para mostrarle al escriba quien es su prójimo.

En los evangelios encontramos muchos ejemplos de Jesús mostrando que el amor y la misericordia de Dios se extiende a personas que a veces las consideraban extranjeras en su día – los pobres, los enfermos, las mujeres, los no judíos y los Samaritanos. El amor y cuidado de Dios no tiene fronteras impuestas por la gente de ese entonces. Sino que, el amor de Dios se le extiende a todo mundo, y por esa extensión nuestro amor debe hacer lo mismo. A través de su vida y ministerio, Jesús nos mostró el mandamiento de amar a nuestro prójimo y muchas veces incluye al extranjero. Si nos ponemos a pensar de reforma migratoria, nos damos cuenta que somos llamados a recordar que las personas que llamamos extranjeros son nuestro prójimo a quien se nos manda a amar.

3 – Otros recursos de la tradición y enseñanzas de la iglesia

En la iglesia primitiva, la práctica de hospitalidad era una manera por la cual los cristianos ayudaban a personas con necesidades espirituales o físicas. La hospitalidad de ese entonces era distinta porque no se limitaba a la familia, amigos, y personas de bien puestas. Lo importante era su énfasis en incluir a los pobres y los necesitados, o sea personas que no podían regresarle ningún pago a sus huéspedes. De manera que la hospitalidad era una forma de reconocer igualmente el valor y la dignidad de todo ser humano. El compartir su mesa con todos era una parte muy importante de la hospitalidad en ese tiempo porque se extendía a la comunidad mas allá que conocidos y familia e incluía a los más vulnerables de la sociedad.

En el cuarto siglo, el autor cristiano, Lactantius, escribió del contraste entre la práctica cristiana de hospitalidad y el tipo de hospitalidad que recomendaba Cícero. Para Cícero, igual que para muchos autores clásicos, la hospitalidad era una manera de lograr ventaja y beneficios entre sus conocidos. Por eso, para Cícero, los que recibían de su hospitalidad eran evaluados en términos de su valor y bondad. Como nota Lactantius, para Cícero, las “casas de hombres ilustrados debían estar abiertas a personas ilustradas.” Lactantius, sin embargo, rechazó nociones de hospitalidad que se basaban en términos de valor y bondad en vez de las necesidades de las personas. El escribió que “La casa de un hombre justo no debía estar abierta a los ilustrados, pero a los pobres y desamparados. Los ilustrados y poderosos no necesitan nada.” Lactantius muestra el carácter distinto entre la hospitalidad cristiana como dar la bienvenida al vulnerable sin preocuparse por lograr nada. El clarifica que la hospitalidad cristiana trata de justicia, no de ganarse algo. El dice que “la

naturaleza de la justicia consiste en ofrecerle al extranjero la cortesía que uno le ofrece a su propia familia.”

San Juan Crisóstomo resuena este tema de ofrecer hospitalidad a los que no pueden retornar el favor, sino precisamente a los que no nos pueden pagar. El escribió ¿”Por que nos mandó Dios a llamarle a nuestras cenas y fiestas a los cojos, los inválidos, y a los que jamás pudieran retornar el favor? Porque estos son actos que hacemos por Dios. Si hospedamos a una gran distinguida persona, no se trata de tenerle misericordia, porque es un acto de vanidad hecha para atraer la aprobación de otros.” San Crisóstomo también dijo que el ofrecerle hospitalidad al pobre es ofrecérsela a Cristo. El dijo: “Cristo camina por el mundo desnudo y como forastero.” Hay que dejar que nuestro hogar sirva como el lugar de recibir al otro. Debemos exigir que el extranjero nos recompensa con dejarnos hacer nuestra casa el lugar donde se recibe a Cristo.” La hospitalidad cristiana significa recibir al extranjero como Cristo.

San Benedicto, el padre del monacato occidental, hizo la hospitalidad hacia los extranjeros la clave de su práctica monástica. *La Regla Benedictina* requiere que los monjes provean hospitalidad a los cleros, viajeros, y los pobres porque Cristo mismo se identificó con el extranjero en San Mateo 25:35. Como escribió Benedicto, “toda persona que se nos presenta como huésped debe ser recibido como si fuera Cristo, porque el mismo dijo: Yo era forastero y me recibiste.” Monasterios y sus hospedajes para los viajeros fue una de las instituciones centrales donde la hospitalidad permaneció en práctica en tiempos medievales en la sociedad occidental.

La práctica de hospitalidad fue central en la identidad cristiana en la iglesia primitiva. Ella fundó varias instituciones cuya misión se enfocaba en la hospitalidad. Al principio del quinto siglo, hospedajes, hospitales, y casas de los pobres, orfanatos, y casas de ancianos fueron fundados y administrados por cristianos. El sello de autenticidad de la hospitalidad cristiana fué la extensión de bienvenida que incluye a los vulnerables y extranjeros, aquellos que precisamente no podían pagarle a sus anfitriones. Al ofrecerle hospitalidad a los desamparados, la iglesia primitiva estaba reconociendo la dignidad y humanidad en común con todo mundo. Bienvenida, compasión, y tratamiento igual eran las características de la hospitalidad de la iglesia primitiva. Pero más profundamente la iglesia reconoció que en darle la bienvenida al extranjero, se lo estaba haciendo a Cristo.

4 – Asuntos morales en la migración y la inmigración

Al considerar que es y que debe ser nuestra política nacional sobre la migración y la inmigración, debemos aplicar nuestra sabiduría bíblica, nuestra tradición cristiana, y el razonamiento que Dios nos dió a estos asuntos tan complejos que nos confrontan. Nosotros, sus obispos, sugerimos los siguientes principios para guiarnos en considerar estos asuntos:

Primero, necesitamos crear un sistema mas claro y justo para que los inmigrantes puedan lograr residencia permanente y eventualmente ciudadanía. Personas que han venido aquí para sobrepasar la pobreza, escapar la guerra, o para cumplir demandas económicas en este país debían hacerse miembros permanentes de nuestra sociedad. Muchas familias inmigrantes se han integrado en nuestras comunidades y no tienen ningún plan ni deseo de regresar a su país de origen. Necesitamos sus contribuciones, y debíamos darles la bienvenida y recibirlos como si fueran ciudadanos.

Mientras que a un gran porcentaje de inmigrantes indocumentados se les debía de extender estatus legal, dos grupos merecen consideración especial. Primeramente, personas que los trajeron a los Estados Unidos como niños que en realidad ya son americanos se les debía dar residencia permanente y ultimadamente ciudadanía. También se les debía dar a estos niños todo nivel de educación que se les pueda dar, incluyendo educación universitaria. Personas que viven dentro de un estado se les debía dar educación universitaria del estado en que viven sin referencia a su estatus legal. Se les debía de aportar los beneficios de programas financieros federales. Negarle la educación a un niño es negarle la oportunidad de desarrollar sus dones y potencial y negarnos a todos los frutos de su estudio.

Segundo, trabajadores de bajos salarios que trabajan año tras año cosechando y preparando nuestra comida, cociendo nuestra ropa, cuidando nuestros niños y ancianos, y cumpliendo con todas nuestras necesidades esenciales debían recibir reconocimiento legal y protección. Se deben defender también los derechos de los trabajadores locales y del extranjero sin fijarse en su estatus legal. Los trabajadores locales no necesitan temer al trabajador del extranjero y el trabajador extranjero no debía ser explotado. Ambos contribuyen a la economía por medio de su labor y los impuestos. Se necesitan ambos empleados.

Reforma migratoria de nuestro sistema debía incluir la eliminación de tantos retrasos y barreras que continúan separando a las familias. La familia continúa siendo la unidad básica de nuestra sociedad, y la estabilidad de la familia afecta la estabilidad de nuestra sociedad. Padres debían estar presentes y

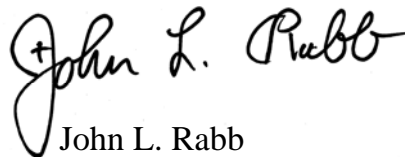
disponibles para sus hijos, y no solo mandarles dinero de lejos, y a la vez ni siquiera verlos por años. Matrimonios no debían experimentar años de separación.

Finalmente, debíamos promover no solo el estatus legal para el inmigrante, pero el éxito e incorporación de estos inmigrantes a la vida de nuestra nación. Esto va a requerir un proyecto de integración del inmigrante extensivo y coordinado que involucre las comunidades de fe; el estado federal, gobierno local, sociedad civil, negocios, líderes de trabajo, y otros. La meta debía permitir que nuestros hermanos y hermanas inmigrantes se hagan miembros participantes y contribuyentes de nuestra sociedad.

Hermanas y hermanos, los urgimos que consideren, tengan discusiones, estudien, y oren sobre esta carta pastoral, y que se informen en toda manera posible acerca de estos asuntos, para que todos podamos trabajar juntos para lograr una solución justa y sagrada sobre estos asuntos de migración e inmigración que confronta a nuestra nación y a nuestro mundo.



Eugene Taylor Sutton
Obispo Diocesano



John L. Rabb
Obispo Sufraganeo

Reconocimientos

Los obispos de Maryland agradecen la colaboración de las siguientes personas al escribir y editar esta carta pastoral:

Rev. Annette Chappell

Very Rev. Hal T. Ley Hayek

Sr. Don Kerwin

Sr. Peter Kirchgraber

Rev. Dr. Joseph Pagano

Rev. Jesse L. A. Parker

Rev. Héctor R. Rodríguez

También se le agradece a la oficina de la Rev. Carmen Guerrero por su ayuda en la traducción de esta carta.



LA DIÓCESIS EPISCOPAL DE MARYLAND

Mentes para pensar, corazones para amar, manos para servir

4 East University Parkway
Baltimore, MD 21218
410-467-1399
www.episcopalmaryland.org